

LA EDUCANDA.

PERIÓDICO DE SEÑORITAS.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Nuevo prospecto.—La mujer en la sociedad, por don A. Pirala.—A la Virgen de la Concepcion [poesía], por don F. J. Simonet.—La Hermana de la Caridad, por doña Angela Grassi.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—GRABADO: La Hermana de la Caridad.—LAMINA; Dibujo de Labores.

NUEVO PROSPECTO.



LA EDUCANDA ha llenado completamente, en los dos años que van á cumplirse de su publicacion, el pensamiento que se propusieron los fundadores, considerando á la mujer en sus diferentes condiciones sociales, y mas particularmente en las de madre de familia y de maestra, á las que estaba consagrada esta Revista.

La empresa del CORREO DE LA MODA, á quien pertenece hoy LA EDUCANDA, hubiera podido reunir en una las dos publicaciones; esto era lo mas lógico y mas beneficioso á sus intereses, y tanto mas justificado, cuanto que hace doce años viene tratando en sus columnas iguales materias, con una aceptacion siempre creciente; pero en el interés de las lectoras, ha creido mas conveniente conservar á cada periódico su respectivo título, aunque partiendo de un centro comun, y unidos en el pensamiento y accion que los dirige.

Dejando al CORREO DE LA MODA ocuparse, como hasta aquí, en sus artículos de instruccion de cuanto concierne al enaltecimiento de la mu-

2.ª ÉPOCA.

jer, y de sus derechos y deberes en la sociedad, LA EDUCANDA, sin desatender tan altos objetos, los desenvolverá, aunque en menor escala, en la parte práctica, por medio de ejemplos morales y artículos instructivos, que templando la aridez de la ciencia con la amena variedad que permite un periódico, proporcionen á las madres y maestras medios fáciles de enseñanza.

Estenderémos, pues, nuestras lecciones á todos los ramos del saber humano al alcance de las señoritas, á quienes se dedica LA EDUCANDA, en su segunda época, para mejor justificar este título.

En otro tiempo, la ignorancia casi se tenia por una virtud en la mujer: hoy no le es permitido dejar de tomar parte con conocimiento en las conversaciones del círculo en que vive.

Sin que pretendamos hacer de nuestra Revista un periódico ilustrado, lo que no permite el escaso precio de suscripcion, realzarémos con algun grabado los artículos, que para su inteligencia lo requieran.

En lo sucesivo nos proponemos mejorar progresivamente nuestra publicacion, si las suscriptoras nos ayudan, como esperamos, renovando en su dia los abonos y estendiendo entre sus amigas el conocimiento del periódico. De este modo trabajarán en su beneficio, puesto que la empresa no tiene un objeto lucrativo, y sí solo el de difundir en todas las clases de la

sociedad el germen de una sólida instrucción y de una educación religiosa y moral, sin la cual no hay felicidad para los pueblos.

No por eso descuidaremos la enseñanza manual, porque la ocupación y el trabajo constante son una necesidad y hasta una virtud en la mujer. Las explicaciones que daremos en nuestros artículos de *LABORES*, dirigidas por una señorita de competencia reconocida, no serán la copia literal de un periódico extranjero, sino la versión exacta de una labor ya ejecutada y que se tiene á la vista.

Como la Moda es una necesidad de la época, continuaremos sus revistas, pero haciendo comprender á nuestras jóvenes lectoras que no es lo mismo el deseo natural de parecer bien, que la inclinación á un lujo immoderado.

Pasemos ahora á esponer las razones que hemos tenido para adoptar algunas variaciones que en la parte material observarán nuestras lectoras.

Convencidos por experiencia propia, y por indicaciones de algunas suscriptoras, de que el período semanal es el que mas agrada en España en esta clase de publicaciones, *LA EDUCANDA* aparecerá desde este número cuatro veces al mes, y con la mayor exactitud, en los días 8, 16, 24 y último de cada uno, en un pliego de ocho páginas, y con su cubierta de color; de manera que las suscriptoras recibirán el mismo número de páginas que hasta aquí, ó lo que es lo mismo, los cuatro pliegos de lectura.

Otra mejora hemos introducido, que no podrá menos de merecer la aprobación de nuestras constantes favorecedoras. Como todas ellas coleccionan la publicación por sus interesantes artículos, y la forma actual de la *EDUCANDA* sea de un tamaño demasiado grande para que el tomo pueda manejarse con facilidad por las delicadas manos de una señora, usamos desde hoy del mismo papel que en el *CORREO DE LA MODA*, de clase superior é igual para todas las ediciones, que aunque un poco mas pequeño que el anterior de la *EDUCANDA*, como la fundición que estrenamos hoy es de letra mas compacta y cla-

ra, nuestras lectoras no pierden en lectura, antes bien ganarán, porque los grabados de *LABORES* que hasta aquí se han dado intercalados en el texto, ahora los repartiremos en láminas aparte, método mas aceptable y acomodado á las diferentes aplicaciones que las señoritas inteligentes y laboriosas quieren hacer.

En obsequio á las antiguas suscriptoras que renueven sus abonos directamente, no les haremos variación en los precios: por la misma razón no hemos suprimido la edición económica, que es y ha sido siempre incompleta, faltándole el pliego de dibujos para bordados, acaso el ramo mas importante de las labores de la mujer. Nosotros aconsejaríamos por lo mismo á las suscriptoras á esta edición lo fuesen en adelante á la general, abonando la corta diferencia de precio.

LA MUJER EN LA SOCIEDAD.

Bella flor en su niñez y juventud la mujer, que deleita la sociedad como aquella los jardines, sus frutos luego la enaltecen.

Encanto y base de la familia, reguladora de las costumbres, fundamento de la sociedad, ocupa entonces como madre el lugar mas importante, mas sublime y mas sagrado.

Así lo son tambien sus deberes; por esto se refleja su virtud y su saber en la familia, en el hogar; por esto á la madre de familia se la estudia y la conoce en la familia y en la casa, como al autor en sus obras. El hogar es su campo de acción, el teatro de su vida; para el que crea los personajes, y les enseña, no lo que han de fingir, sino lo que han de hacer, porque allí las escenas son verdad. ¡Infeliz de la que la oculte y la suplante con la mentira y el enredo!

Depositada en la madre de familia la confianza del esposo, la autoridad y el mando para obtener cariño, consideración y respeto, lo pierde todo lo que falte al mas mínimo de sus deberes, porque cada deber es una máxima tan preciosa como las del Evangelio, del que dimanar, como la Iglesia es la imagen de la esposa y de la madre.

Por esto aun en los tiempos paganos, en los pueblos que pretendían enaltecer la familia para elevar la sociedad, era considerada y respetada la madre; y la historia nos enseña la importancia que adquirieron las

matronas romanas. Así, pues, con arreglo á su importancia son sus deberes.

Entre estos descuellan los que tienen para con sus hijas. La virtud y el honor dictan los deberes de la esposa; los deberes de la madre exigen mas.

Ella que da el primer alimento á sus hijos, que les enseña á balbucear las primeras palabras, á dar los primeros vacilantes pasos, forma su corazón, crea sus sentimientos, arroja la semilla de los mas sagrados deberes, y tiene que ir conservando y cultivando.

La hija ha de ser luego el reflejo de la madre, porque ésta se ha de complacer en ver en el objeto de su amor, de sus cuidados, de sus desvelos, y aun de sus penas, la imagen de sus virtudes y de su nobleza, el encanto de la familia, el porvenir de la felicidad de otra.

Inmensos deberes exige la religion y la sociedad á la madre de familia; pero la voluntad ayuda á su cumplimiento, porque son intuitivos en la mujer, pues así como al muchacho le lleva su instinto á juegos belicosos, la niña parodia en sus infantiles años con sus muñecas, lo que ha de hacer de madre con sus hijas.

Guiando bien ese instinto, ilustrándolo, los resultados no podrán ménos de ser satisfactorios. Afortunadamente no faltan hoy los medios de enseñanza, pues á poco coste y con facilidad, se adquiere instrucción, y pueden las madres, sino aprender, porque no lo necesiten, recordar al ménos lo que ni deben ni pueden olvidar; porque no basta solo la voluntad para saber enseñar.

El primer beneficio de estos cuidados es para la misma madre; por eso es suya la mayor gloria, porque es producto de sus afanes, de sus privaciones, y de su saber; porque es su obra.

Y la madre que ha estado guiando el corazón y el alma de su hija, ilustrando su entendimiento; que ha visto fructificar las semillas que arrojara; que no han sido desdeñados los ejemplos que diera, y que es reproducida en su hija, y vé continuada en ella cuanto enaltece á la familia, puede estar orgullosa de que ha cumplido su misión, y la ha llenado, mereciendo bien de la familia y de la sociedad.

A. PIRALA.



Á LA VÍRGEN SANTÍSIMA DE LA CONCEPCION,

UNA MADRE DE FAMILIA.

Virgen á quien dotó el cielo
De todas gracias y dones:
Á tí nuestros corazones
Acuden con devoción;
Y como Madre te invocan
Con cariño y alegría
En este solemne día
De tu pura Concepción.

Dios, que en sus altos designios
Por Madre te destinaba,
Hacerte no quiso esclava
De la culpa original;
Mas desde el primer instante
Te formó cándida y pura
Como aurora de ventura
Para el mísero mortal.

Ya por largo tiempo el hombre
Vivia en sombras de duelo,
Desde que el favor del cielo
Perdió Adán en el Eden;
Cuando al ser tú concebida
Escogida é inocente,
Miró brillar en oriente
Un astro de dicha y bien.

Su luz esplendente y pura
Fue poco á poco aumentando,
Y el cielo en tintas bañando
De oro, fuego y arrebol:
Hasta que, brillante y bello,
Vertiendo inmensos raudales
De fulgores celestiales,
Salió de la gracia el sol.

Y las antiguas tinieblas,
De tiranía y desgracia,
De aquel santo sol de gracia
Huyeron ante la luz;
Y, con lazos de cariño
A los mortales uniendo,
Viste á tu Hijo muriendo
Por ellos en una cruz.

Esa aurora de ventura,
Que en tí despuntó, María,
Es la que en tan bello día
Saludamos con fervor:
Mezclando nuestras plegarias
Con filial y ardiente anhelo
A los que hoy te canta el cielo,
Himnos de gloria y amor.

Pues hoy recuerdo tan santo,
Misterio tan adorable,
Con regocijo inefable
Cantan cielo y tierra al par;
Dígnate, oh Madre benigna
Del amor y la esperanza,
Este canto de alabanza
De nuestra boca escuchar.

Al subir hasta tu trono
Nuestro terrenal acento,
No esquives el pensamiento
Que nos inspira tu amor;
Mas limpien nuestra impureza
De tu santo amor la llama
Y el resplandor que derrama
Tu peregrino candor.

Haz que siempre en nuestros ojos
Tu luz se refleje pura,
Y gocen en la hermosura
Del bien y de la virtud;
Haz que de tí no se aparten,
Y el fulgor de tu mirada
Nos guíe hasta la morada
De la perpetua salud.

Y esta devota familia,
Siempre fiel á tus amores,
Mantenla con tus favores,
Oh María, en todo bien:
Haz que nunca cierzo impío
Su débil árbol ultraje
Y sus ramas no desgaje
De la desgracia el vaiven.

Que en su seno se alce siempre
Un altar á tu cariño,
Donde el anciano y el niño
Consagren su corazón.
Haz que en ella nunca acaben
El amor y la alegría
Desde este solemne día
De tu pura Concepcion.

F. J. SIMONET.



LA HERMANA DE LA CARIDAD.

EPISODIO HISTÓRICO.

Existe una hermosa ciudad, coqueta sirena de los mares, que absorbe sin cesar raudales de oro, para trocarlos en ricos y preciados frutos: que atrae á su seno los Diputados de todas las naciones del Universo, ansiosos de dividir con ella sus riquezas. Esta ciudad es la esclarecida patria de Tíbulo y Homero, la mas hermosa joya de Turquía, la rica y comercial Esmirna.

Tiene un puerto, cuya inmensa concha se interna en la ciudad, la cual está edificada, parte en anfiteatro en la falda de una montaña, y parte sobre una llanura á lo largo del Golfo, presentando un magnífico punto de vista por sus cúpulas y medias naranjas, por sus elevados minaretes, torres y agujas que descuellan sobre las casas.

Cobíjala el poético cielo de la Jonia, arrastra un larguísimo manto sembrado de frutos y de flores, y se espeja en las murmurantes ondas de su golfo, que sirve de albergue á cien y cien naves mercantes.

Hermosura, riqueza y poderío, nada falta á su felicidad, y sin embargo, también ha habido para ella días de luto y de amargo desconsuelo, porque también las ciudades sufren los rigores de su contraria suerte.

El rayo hiere mas pronto á la altanera encina que á la florecilla del campo, y en la ley de compensacion y perfecta armonía que rige al universo, es proporcionado al esplendor el infortunio, proporcionado á la risa el angustioso llanto.

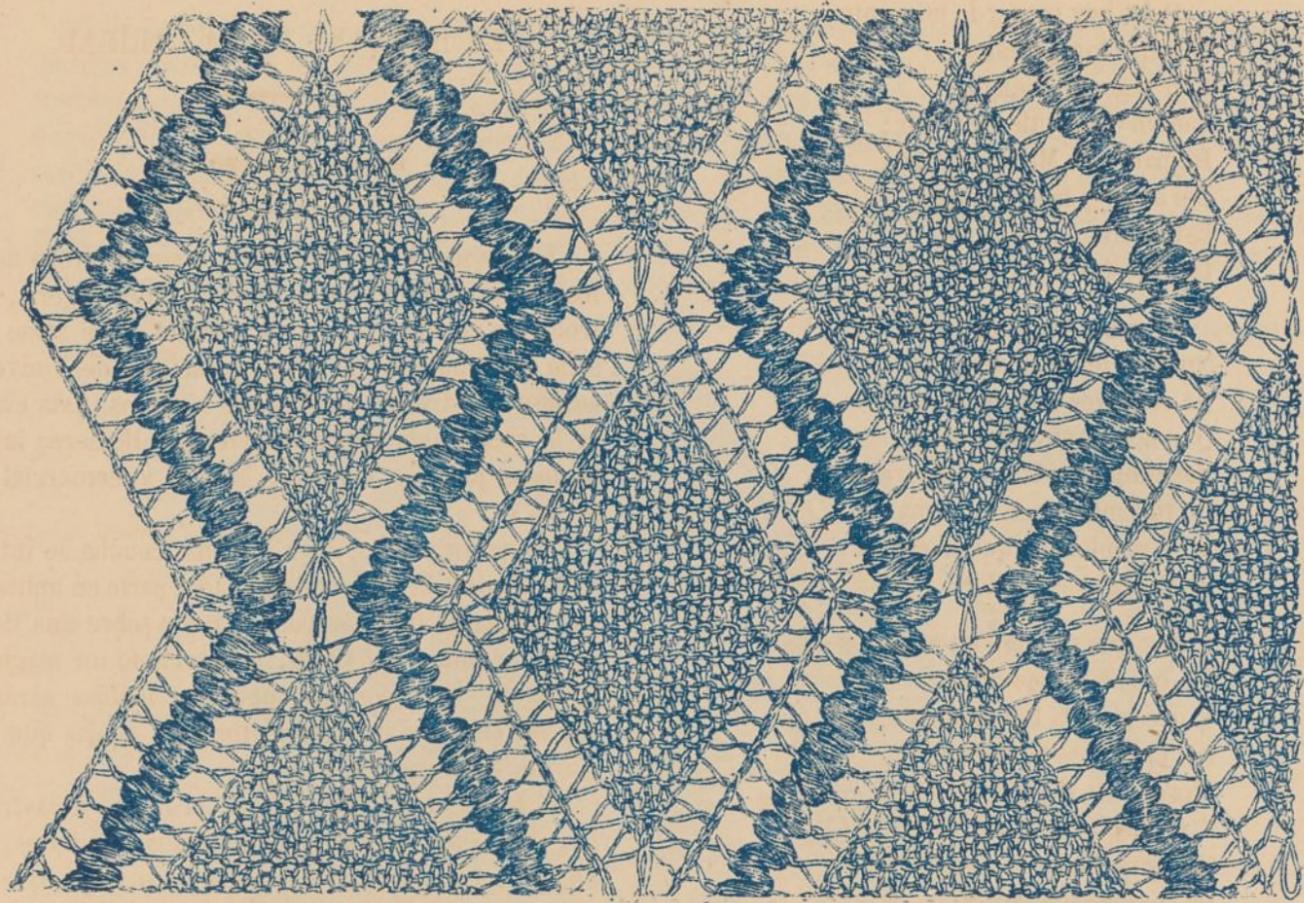
Esmirna fué víctima varias veces por su hermosura, de la codiciosa saña de los hombres, pero en 1778, llegada al último grado de la molicie inherente á la sobrada riqueza, lo fué, cual las ciudades malditas, de la justa cólera de Dios.

Hacia ya algun tiempo que subterráneas sacudidas la presagiaban una catástrofe; pero adormecida en el lujo y los placeres, despreciaba, incrédula, estos salvadores avisos, cuando el día 3 de Julio, á las dos y media de la mañana, experimentó un terremoto tan fuerte, que en un solo instante, palacios, casas y mezquitas se desquiciaron, vacilaron los montes, y el muelle, desprendido de la ciudad, pareció una nave zozobante en medio de los irritados mares.

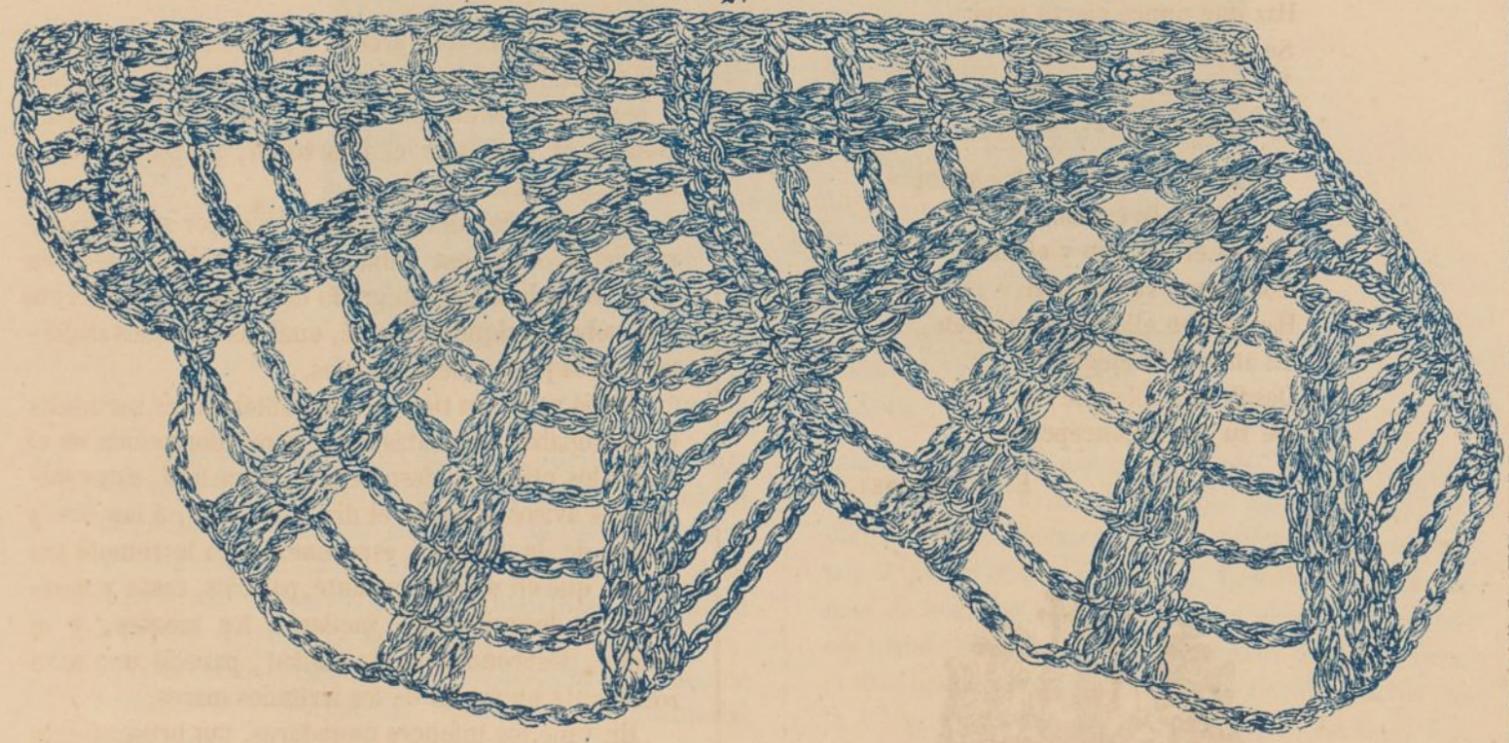
En vano los infelices moradores, tan bruscamente despertados de su apacible sueño, quisieron apelar á la fuga: los unos quedaban sepultados entre los escombros de sus casas, los otros, aplastados en las calles bajo las masas de piedra desprendidas de los edificios, que por todas partes iban viniendo al suelo.

de los
, para
e á su
verso,
ciudad
la mas
al Es-
nterna
teatro
llanu-
gnífico
anjas,
e des-
ra un
, y se
e sir-
su fe-
a ella
tam-
traria
a que
acion
opor-
do á
nosu-
ro en
ente
aldi-
lidas
en el
sal-
os y
tan
mez-
y el
ave
ente
ar á
es-
ca-
di-

1



2



Diciembre de 1862.

Lit. de J. Aragon.

LA EDUCANDA.

Calle de Lope de Vega 50.

MADRID.



Ayuntamiento de Madrid

El objeto principal de esta obra es proporcionar a los maestros una guía práctica para el desarrollo de la enseñanza en el aula. Se abordan temas como la planificación de las lecciones, el uso de los recursos didácticos y la evaluación del aprendizaje. El autor ofrece ejemplos concretos de actividades y ejercicios que pueden ser adaptados a diferentes niveles educativos.

Esta obra constituye un valioso instrumento de consulta para los docentes que buscan mejorar su práctica profesional. A lo largo del texto se analizan los fundamentos teóricos de la pedagogía y se relacionan con las estrategias más efectivas en el aula. Se hace especial hincapié en la importancia de la motivación y el interés del alumno, así como en el papel del profesor como facilitador del aprendizaje.



La formación de la escuela

La formación de la escuela es un proceso complejo que implica la integración de diversos factores. Desde la infraestructura física hasta la calidad de los recursos humanos, cada elemento contribuye a la creación de un entorno propicio para el aprendizaje. Es fundamental que los directivos y docentes trabajen de manera coordinada para garantizar que la escuela sea un espacio donde se fomente el desarrollo integral de los alumnos.

Este instrumento de la escuela debe ser utilizado de manera flexible y creativa, adaptándose a las necesidades específicas de cada institución. No se trata de seguir un modelo rígido, sino de encontrar las mejores prácticas que permitan mejorar continuamente la calidad educativa. La colaboración entre todos los actores de la comunidad educativa es clave para lograr estos objetivos.



Cada sacudida era acompañada de una horrible detonación, parecida á un cañonazo, y con tanta frecuencia se sucedían aquellas, que cuando se iba estinguendo á lo lejos su estampido, volvía á retumbar con nueva fuerza. Instantáneamente volcáronse las murallas, cuatro mezquitas, tres baños públicos é infinitos edificios particulares, y para colmo de infortunio se pegó fuego á una casa inmediata á la del Cónsul de Francia.

Recogió, por fin, la noche sus velos, quiso asomarse el sol por el Oriente; pero horrorizado al contemplar el fúnebre cuadro, escondió de nuevo su faz entre nubes. Mas no faltaron por esto resplandores á aquella sangrienta fiesta de la muerte: el cielo y el mar reflejaban los de las llamas, y todo el espacio que abarcaba el horizonte, parecía convertido en una hoguera.

Helados por el terror, sin fuerzas para remediar



La Hermana de la Caridad.

Cual instrumento de la cólera divina, levantóse entonces un huracán impetuoso, que dió pábulo al incendio, y al siniestro reflejo de las llamas viéronse tambalearse los edificios, los montes, los bajeles, pareciendo una legion de espíritus maléficis, danzando sobre los despojos de la muerte.

Las calles estaban obstruidas de piedras, muebles rotos, joyas y mercancías, mezcladas con miembros mutilados y charcos de humeante sangre. Los gritos de los infelices aplastados debajo de las ruinas, el llanto de los que veían perecer á los queridos objetos de su alma, los mujidos del mar, y el ronco són del viento, todo formaba un espantoso concierto, que aumentaba el horror de aquella escena.

tanta desdicha, los pocos que habían sobrevivido á la catástrofe, se hallaban reunidos en la llanura. Era un espectáculo desgarrador y sublime al mismo tiempo, el que se ofrecía á la vista. Todos aquellos hombres de distintas razas y naciones, desde el que había nacido entre los helados témpanos del Polo, hasta el que había saludado el sol en los floridos campos de la América; desde el civilizado franco hasta el mas salvaje hijo del desierto, todos estaban igualmente arrodillados, é igualmente alzaban sus manos al cielo, implorando la piedad del árbitro Supremo.

Tuvieron lugar en esta memorable noche bajas acciones que revelan el instintivo egoísmo de los hombres; pero compensados por rasgos de sublime

desprendimiento, que muestran la elevación á que puede remontarse su alma, ennoblecida por la virtud y el entusiasmo.

Viéronse, es cierto, algunos hijos que precipitaron á sus padres en las ruinas, para abrirse pronto paso en la fuga; madres que abandonaron sus hijos á las llamas; pero también numerosos hijos y madres que perecieron heroicamente al lado de los seres queridos de sus almas.

Era, como hemos dicho, al rayar el día: las llamas iban avanzando siempre, precedidas por un denso torbellino de humo, y ya ganaban la primera casa de los arrabales.

De repente apareció en lo alto de una de sus torrecillas, una mujer pálida, desmelenada, casi loca; llevaba un niño en los brazos, y presentándolo convulsivamente al pueblo, le pidió con ese acento desgarrador, que solo pertenece al amor maternal, que salvara á su hijo.

Aquellos infelices habían asistido durante toda aquella noche á cien escenas semejantes, y su sensibilidad estaba embotada. Miráronse unos á otros, y nadie se sintió con valor para hacer el sacrificio de su vida, entrando en una casa que ya empezaba á ser invadida por las llamas.

Entonces se presentó una mujer: casi una niña.

Era una hermana de la Caridad que habitaba en el Hospital que dirigían aquellas santas mujeres en el cuartel de los Francos, visitado por su nombradía de todos los extranjeros que llegaban á Esmirna, la que con el heroísmo que presta la fé del Dios que murió por redimirnos, había ejecutado durante la catástrofe actos de una intrepidez inaudita. Por todas partes se la había visto donde era más inminente el peligro; donde la muerte se ensañaba con más furia. El fuego del entusiasmo brillaba en sus ojos, y la divina aureola de la caridad cristiana parecía coronar su frente.

Hubiérase dicho que las llamas retrocedían ante ella, que los vacilantes edificios, próximos á caer, se detenían, cual si la franqueasen el paso. Cien víctimas había arrancado á la muerte: tiernos huerfanitos que habían visto perecer á los autores de sus días, quedando sin amparo; decrepitos ancianos, míseros enfermos, que se arrastraban por el suelo, intentando en vano salir de aquellas tumbas, próximas á tragarlos, habían recibido la salvación de su heroísmo!

Allí estaba entonces descansando de tantas fatigas, arrullada por las generales bendiciones, cuando aquel grito vino á recordarla que no debe descansar el que milita bajo la bandera de Cristo, ínterin haya llanto que redimir, palmas gloriosas que alcanzar.

La jóven se lanzó llena de santo ardor hácia el sitio en donde la llamaba el infortunio: la multitud exhaló un grito de espanto y quiso detenerla.

En aquel instante oyóse el lejano bramido del hu-

racan subterráneo que avanzaba, y las llamas, impelidas por el viento, lamieron la torrecilla.

La infeliz madre se lanzó á la balaustrada, soltando nuevos y más desgarradores gemidos.

—Una escala! pronto, una escala! gritó la jóven con ese acento imperativo que sabe sojuzgar las almas.

El pueblo obedeció, y pronto la escala salvadora fué apoyada á la pared.

Más tal vez era ya tarde: la triste madre, ahogada por el humo, cayó al suelo moribunda, y ya había dejado de existir, cuando aun estrechaba á su hijo entre los brazos.

No había tiempo que perder: el ruido crecía, crecía sin cesar, y las llamas avanzaban siempre.

La jóven elevó sus miradas al cielo, murmuró una plegaria, y subió intrépidamente por la escala.

Todos los corazones cesaron de latir; todos, subyugados por el terror, parecían haberse convertido en inmóviles estatuas.

La jóven llegó á la torrecilla con la rapidez del pensamiento, y cogiendo al niño, lo arrojó á la multitud, que había estendido precipitadamente sus alquiceles para recibirlo.

Luego quiso bajar, salvó algunos peldaños, mas ay! sonó la fatal detonación, se conmovió la tierra, y los escombros del desplomado edificio sirvieron de sepulcro á la heroína!

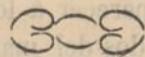
Afirma la tradición, que en aquel momento supremo, los habitantes de Esmirna vieron brillar entre el humo del incendio una luminosa estrella, que subió rápidamente al cielo....

Es que Dios la llamaba á sí, para ceñir á sus sienes la corona del martirio!

Los sacudimientos se sucedieron casi sin interrupción hasta el mes de Setiembre; pero á pesar del general desconsuelo y la escasez de víveres, el pueblo no abandonó jamás al huerfanito, y como nunca es infructuoso un beneficio, á las inmensas riquezas que éste adquirió más tarde con su talento, debió Esmirna el volver á inscribir su nombre entre el de las ciudades más poderosas.

Sobre las ruinas donde espiró la hermana de la Caridad, erigieron un magnífico sepulcro, y allí van las vírgenes á rendirla su tributo de flores; allí acuden los extranjeros de todas las naciones, para admirar su heroísmo y bendecir su nombre, porque la virtud es como el sol, que en toda la redondez de la tierra resplandece, y su luz es en todas partes bendecida!

ANGELA GRASSI.



LABORES.

A aquellas de nuestras jóvenes lectoras que se tengan por menos laboriosas, á aquellas á cuyos ojos carezca de mérito un calado, ó se cierren soñolientos al proseguir la cuenta harto sencilla de un bordado de cañamazo, á esas es á quien vamos á dirigirnos. No haremos mas que saludar con cariñosa solicitud á las que deben hallar en su laboriosidad remedio contra el fastidio, á las que colocan en una *petaca*, hecha por sus manos, en un *almohadon* tejido por ellas, ó en una *colcha*, fruto de su paciencia y su habilidad, un emblema de su amor filial, una muestra de su cariño, que va á grabarse con caracteres indelebles en el corazón de la madre, del hermano ó del esposo: estas nada necesitan de nosotros mas que modelos, que reproducir, sin excitacion ninguna: estas saben encontrar en su misma aplicacion la mas santa de las recompensas: la gratitud de los que ama!

Las que no han sabido encontrar dentro de su propio corazón ese germen fecundo de alegrías dulces y tranquilas, como todas las que Dios se dignó conceder á la mujer, que se tomen el trabajo de seguirnos cualquiera de estas noches á primera hora... No temais, no vamos á conducirlos lejos de vuestras casas: por fortuna el espectáculo que queremos mostraros tiene lugar en casi todas aquellas donde se rinde culto á las buenas costumbres, y estas predominan en nuestra patria, á despecho de los que se empeñan en afirmar lo contrario.

Seguidnos... penetrad en el santuario de la familia... No os sorprende y os admira la santa paz, la dulce ventura que reinan en torno de ese velador? Ved esas frentes sonrosadas inclinadas sobre las labores que sus manos ágiles ejecutan; ved esa tapicería, cuyas flores parecen devolver en perfumes la hermosura de matices que reciben; ved ese calado que os conduce á buscar unos dedos delicados, capaces solo de producir semejante primor; ved aquella aguja de *crochet* girar entre las manos mas blancas y torneadas que el mismo mango de marfil que oprimen; hacéos cargo sobre todo de la satisfaccion que revelan aquellos rostros, del grato entretenimiento que producen aquellas ocupaciones, y si aun es poco, escuchad la conversacion de aquellas jóvenes: prestadle vuestra atencion un instante nada mas.

—Sofía, cuándo empezaste tu bordado?

—Hace un mes pasado mañana.

—Y ya está casi concluido!

—Y eso que ya veis que solo trabajo por la noche.

—Y por qué ese empeño?

—Es muy sencillo! Si le hiciera de dia en casa le

veria mamá, y es una sorpresa que le preparo para el dia de su santo: por eso aprovecho estas veladas en que vengo á trabajar con vosotras.

—¿Cómo te lo agradecerá!

—A la pobre baldada es lo único que puede serle útil: un almohadon donde reclinarse!

—Mas dichosas sois vosotras en vuestras labores que yo. Tú ejecutas un almohadon, que te agradecerá tu madre enferma; Carmen, un pañuelo primorosamente calado que va á mandar á su hermana, de quien vive lejos desde que aquella se casó; María, una colcha para la cama de su hermano menor, que va con infantil alegría contando los dias que faltan para cubrirse con el regalo de su hermana; solo yo no puedo esperar que nadie me agradezca mi trabajo, porque, mas egoista, estoy bordando un traje para mí.

—¿Y te parece poca alegría llevar siempre contigo la obra de tus manos, y oír decir á las gentes: ¡qué lindo traje! Igual se le han hecho á la condesa de C., que gasta un dineral en vestir. Cuarenta duros ha pagado solo por sus manos á la bordadora.—Y Vd. señorita?

—Nada; me le he bordado yo.

—¿Te parece poca satisfaccion?

—Puede encontrarse en nada mas halagado tu amor propio.

—Cierto: mucho mas, que de otro modo no le gastaría, porque no soy rica!

Vamos, con ingenuidad, la que tal diálogo escuchase, no se adelantaria involuntariamente á pedir un puesto en aquel velador, donde preside la laboriosidad y el amor á la familia, base de todas las virtudes de la mujer? Pues bien: ese velador, ya colocado cerca de una chimenea en las casas bien acomodadas, ya sencillamente al lado de un modesto brasero en otras, se encuentra en casi todas, y sobre él se lee en caracteres que van derechos al alma este letrero, título de tan modestas reuniones: VELADAS DE INVIERNO.

¡Dichosas aquellas que en estas veladas saben acumular recuerdos de amor y de ventura que guardan eternamente en su pecho!

Para aquellas, que arrastradas por la anterior pintura, ó mejor aun, por sus propias inclinaciones, quieran tomar parte en estas veladas, les ofrecemos los modelos que representa el grabado adjunto. Es el primero un *tejido de punto de aguja*, á propósito para cortinaje, si se ejecuta con algodón fino, y para colcha si con mas grueso; y el segundo una *puntilla de crochet*, que saldrá mas ó menos ancha, segun el grueso del algodón.

La esplicacion del primero es la siguiente:

Se empieza por poner en la aguja tantos puntos como ancho se quiera dar á la labor, sino es que pre-

